

LUIS MEY

Una falsa
invitación a
la tragedia

Página 2

NICOLÁS MAZÍA HENDL

La literatura
de los sueños

Página 3



JAVIER CHIABRANDO

La rotativa
que escupía
diarios

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 253 | JUEVES 6 DE OCTUBRE DE 2016

El fin de la espera

A 30 años de su muerte,
Antonio Di Benedetto es confirmado
como uno de los grandes autores
argentinos. Leído, estudiado y
reeditado, aún sigue siendo una
fuerte influencia para las nuevas
generaciones de autores.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Con la icónica fotografía brasileña Claudia Andujar como invitada y el regreso de la galería Ruth Benzacar, la XII edición de BAPhoto estará abierta al público del 13 al 16 de octubre. Convocará a 34 galeristas nacionales y extranjeras. "Federal, periférico, diverso e integral, ése es el carácter que adquirirá la feria fotográfica más importante de Latinoamérica este año", dijo su director Diego Costa

Peuser, para quien desembarcar en la Rural "evidencia el valor consolidado adquirido por la fotografía como arte". Inaugurada en 2005 y tras 11 ediciones consecutivas, BAPhoto es un punto de referencia en el continente que tras rebasar espacios como el Centro Cultural Recoleta y el Palais de Glace se instala en el pabellón ferial de Palermo con Francisco Medall en la dirección artística.



Una falsa imitación de la tragedia



→ LUIS MEY

Una mirada que rescata el sentido del humor en las novelas de Antonio Di Benedetto, una lectura a contrapelo de la crítica especializada.

Mirando y revisando la «falsa» trilogía de Di Benedetto (*Zama*, *El silencio*, *Los suicidas*) termino siempre en tres puntos que me quitan una mueca que un poco es risa y otro poco es amargura: uno, Cortázar, en la contraparte de *Zama*, también señala la espera y la angustia y el deseo de Diego de Zama por su traslado y su existencia solitaria y el lenguaje intemporal y arcaico, por momentos cercano al Siglo de Oro. Dos, Saer comparando *Zama* con la narrativa existencialista. Tercero, bueno: la espera recién nombrada. Esa divulgación editorial y no tanto, o tal vez café/académica, que no es tal.

Desde aquí, entonces, puedo comenzar mi propia apología—sí, qué más sería—de Di Benedetto como novelista. Primero, don Julio, permítame decirle: no, no hay angustia. Angustia, en todo caso, desde su etimología, si viene de angosto, algo que no pasa. Por eso, cuando sentimos angustia, la garganta se nos cierra. Di Benedetto, por el contrario, en el recorte—principio—de *Zama* propone una clara contradicción que es, mejor, oportunidad narrativa: espero algo que no quiero. Lo que deseo, en realidad, es que no suceda. Por qué? Porque si *Zama* sucede, convertirá la historia en un cuento malo. Propone el autor que no suceda y lo promete, parece, desde la primera página. Quiere encontrar—tal vez está el propio Di Benedetto en el personaje de Ventura Prieto, el hombre



DI BENEDETTO. EN EL HUMOR QUE PROPONE ESTA SU FILOSOFÍA ENCUBIERTA, PARA NADA EXISTENCIALISTA.

que él mismo querría que fuera Zama en otra vida—al Zama que vive vivo que vive porque su deseo se percibe imposible. O, mejor, una mentira que se dicta a sí mismo para destruir su deseo y buscar algo nuevo. De solitario, menos: nada tiene de solitario Don Diego de Zama. Ni siquiera, en todo caso, sufre la cuestión: cuando tiene la posibilidad—ya no es de que rida Marta, sino de Emilia, entre otras—de empezar de nuevo y acompañado, él elige el camino de la soledad. Es, tal vez, su decisión mejor ejecutada. El sufre gozando, entonces, la soledad, porque lo mantiene vivo e invita, desde allí, al heroísmo de su hijo bastardo: el heroísmo de hacerse hijo dándole vida a él, al padre. La soledad lo mantiene vivo. Que no vuelva Marta: sí vuelve Marta, me muero. La amargura, igual: *Zama* puede perder todos sus miedos. Puede irse. O, más bien, puede ser echado y humillado. Pero no le quiten la amargura: ese patrimonio que lo hace ir de un lado al

otro, lo hace seguir buscando amor y prestigio: cosas cosas que solamente anhela, que solamente quiere lejos, lejísimos, pero presentes, apenas, como fantasmas.

Porque Di Benedetto persigue fantasmas.

Y lo disfrutaba. Esa misma propuesta, la de la espera, es su mejor truco. Su acto de magia mejor logrado. Su fantasma. Su carta maestra de presentación. Su mejor mentira.

Cualquiera que toque sus novelas es, en realidad, el lateral que nos invita mirar mientras sucede lo que más desea como narrador. No mires hacia donde narro, parece decir: mirá hacia donde la cuestión de forma te pide que mires. Hallé, incluso en *Los suicidas*, pero más en *Zama* y en *El silencio*, una gracia hermosísima, un humor finísimo en, sobre todo, las cuestiones más oscuras, turbias, oscuras, que quedan de un lado que al revés. ¿Por qué en las devoluciones de Cortázar y de Saer no se sugiere jamás el humor de Di Benedetto? Porque en la forma, en el uso de herramientas—por ejemplo, el lenguaje a lo Siglo de Oro en *Zama*—, se propone un

juego, y no un tema. El tema de fondos, justamente, que a Di Benedetto le encantaba—he aquí su genio—mirar a los ojos a sus demonios y ya, con eso, lograba divertirse. Hay humor en las peores miserias de *Zama* tanto como en la proposición del ruido constante, el odio al sonido—como génesis de la palabra, y entonces de la palabra, finalmente—en *El silencio* como también, o más, en el recorte que inicia *Los suicidas* mirando el periodista fotografías de muertos y tirando, como al pasar, la broma con la que el narrador expone que es un tema que tendrá que resolver. Los grandes temas que plantea Di Benedetto—el deseo, la locura, la muerte—sí, por fin, se resumen en la espera: que no es tema. Es, como esbozo, un truco: lo importante es que el lector mire torcidamente hacia la espera. Que se vea interpelado por ella. La falsedad de la vida. Por qué? Porque pasa, lo que sucede en la espera, en realidad, lo que le importa a Di Benedetto. Su causa.

Y enfrentar—con escritura, claro—estas cuestiones es lo que lo hacía feliz: porque en el humor se nota. Ningún personaje en ninguna de sus novelas espera nada. Se mueven como pocas veces logran moverse los personajes en la literatura argentina. Meten la nariz y los dedos y resignan lo que dicen—lo que prometen, también truco: prometer e incumplir—a los efectos de refutar la proposición primera: esperar. Si acaso pretendemos leer que los personajes esperen, entonces el autor puede llevar a cabo su gran truco. Si acaso el lector puede comprar esa idea, entonces disfrutará del humor de Di Benedetto. Su invitación a la tragedia es falsa. Su invitación al lenguaje del Siglo de Oro, en el caso de *Zama*, ni hablar: es, mejor que en el resto, la oportunidad que tiene para demostrar que todo lo que se escriba, por abuso de esa dialéctica, mentira, *Y sus epígrafos*, siempre, esconden, aquí sí, la gran promesa: léanse a la inversa de lo que se declara y encontrarán el tema: el amor que Di Benedetto les tiene a esas cuestiones. Por horrores que parezcan. Y su vida, toda, rejuvenecida. Como rejuvenecidas las herramientas de forma—volvemos al ejemplo: el lenguaje a lo Siglo de Oro en *Zama*—al momento en que el autor tal vez pensó y decidió: si ya no se usa, si ya nadie quiere esto, entonces dénelo. A mí me sirve. Porque eso es el arte: hacer oro de la basura. Molestar al suicida narrándolo. Revenir uno mismo cuando el otro, el suicida, lo logra. Hacer del ruido un milagro narrativo: música. Hasta llegar, al final, a *Sombras nada más*: donde lo lúdico expone lo mejor de sí, al menos en la propuesta: lograr controlar los sueños. Inducirlos. Esa era su base: enfrentar los grandes tótems. Los que otros, si narrados, llevarán tragedia. Cuando la tragedia, en sí, está en la mirada.

No para Di Benedetto. Lean el humor que propone y ahí hallarán su filosofía encubierta, nada existencialista: la vida es una sola para no reírse de las grandes miserias humanas.

La Argentina será sede del próximo Congreso Internacional de la Lengua Española, que se realizará en 2019 en la provincia de Córdoba. Los ministros de Turismo y Cultura, Gustavo Santos y Pablo Avelut Hicieron el anuncio oficial junto al gobernador de Córdoba, Juan Schiaretti; al rector de Universidad Nacional de esa provincia, Hugo Juri, y al ministro de Educación nacional, Esteban Bullrich, en un

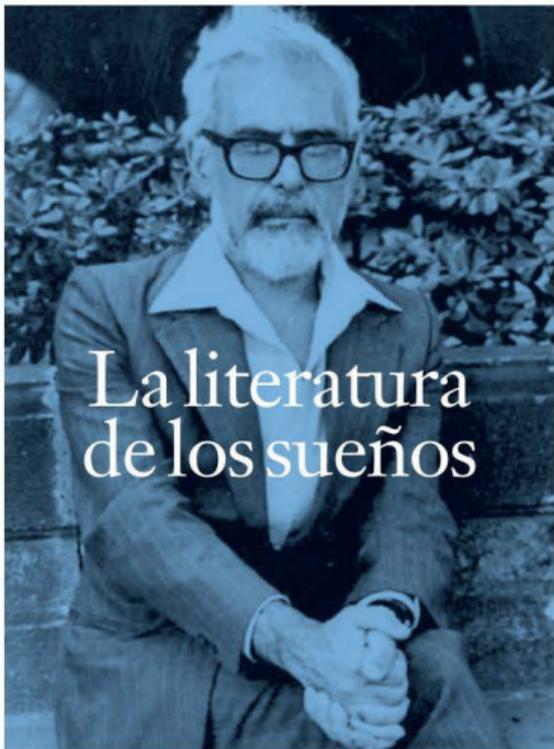
acto realizado en la Feria Internacional de Turismo de América Latina. "Es una señal de la importancia que está teniendo nuestro país en el mundo cultural", afirmó. El Instituto Cervantes, la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua confirmaron que la ciudad de Córdoba será sede de este importante evento, tal como ocurrió en 2004 en la ciudad de Rosario.



→ NICOLÁS MAZZA HINDE

Los cuentos de Antonio Di Benedetto son como pedazos de sueños arrancados a la noche. Un recorrido por ese mundo extraño.

Si es cierto lo que enseña Abelardo Castillo respecto de que hay ciertas vidas que por más vastas que sean están definidas por un solo acto determinante, seguramente podría pensarse que para Di Benedetto tal vez no haya sido la noche del 24 de marzo de 1976 cuando la Dictadura Militar lo toma prisionero torturándolo durante un año y medio; o alguna de las cuatro veces en las que, durante ese dolor tan extenso, se ve en la situación de tener que estar (en cuatro oportunidades), siempre como simulacro, frente a un paredón de fusilamiento; posiblemente, más bien, haya tenido que ver con otro momento. Corren los años cincuenta. Un grupo de jóvenes promisorios, ardientes por escribir sus primeros textos, garabateándolos apenas, se enteran de que Ernesto Sabato se dirige rumbo hacia donde ellos se encuentran, en la provincia de Mendoza, a dar una conferencia sobre literatura. Antes de terminar invitándolo, literalmente, a un zañón a nadar, el escritor de *Sabros herbes y nambas aserera*, con su característico tono nostálgico y firme a un tiempo, frente a todo el auditorio que lo escucha acaso conmovido, que el arte solo existe si está construido desde el drama humano. Seguramente todos aplauden. Quizá opten por un coherente silencio. No se sabe. Lo que sí sabemos todos es lo que ocurre: el zañón y el escritor se encuentran en aquel zañón, sino de la frase como un zarpazo en la conciencia de Di Benedetto, quien casi treinta años después, en una entrevista para el diario *Clarín*, cuenta: "Yo me quedé un instante quieto pero no me animé a re-



La literatura de los sueños

plicar. Se me dibujó una contradicción en la mente. Yo vi como un cielo abierto «o cerrado» del que se descargaba una cantidad de granizo. Algunas de las piedras rompían una ventana, rodaban y golpeaban en su paso un vaso de agua. El vaso se iba sobre una carta escrita y el agua desfilaba la letra. La acción se completa sin que participe el ser humano". Aunque en realidad posiblemente no haya sido solo ese instante, sino también su inmediata consecuencia: la obra de Di Benedetto, escrita a oscuras, luego de recibir el texto: "la excepción confirma la regla". El cuento del que estamos

hablando lleva por título "El abandono y la pasividad". La historia cuenta el momento en el que uno de los dos personajes (el otro es el narrador) arma su valija para irse. Puede deducirse que es una mujer y también que se va para siempre. En ningún momento del cuento hay acciones humanas. Las acciones las realizan los objetos: "Una bocanada de luz se derramó en el cajón de la ropa de hombre; pero inmediatamente fue absorbida" o "El agua se enturbió en un burbujeo, como si además de ser un texto que está casi alineado con la más alta poesía, puede leerse en otra clave: como un guiñon cinematográfico. Sus oraciones—algunas breves, otras más extensas—narran en tercera persona lo que sucede en

aquella habitación, describiendo, como mínimas didascalias que ponen sobre todo su énfasis en los colores, en los matices, en las sombras, en las posiciones de los objetos.

No obstante, lo mismo podría mirarse otros cuentos que pertenecen a una temática distinta, en la que el sueño y el mundo animal parecieran gobernar las leyes humanas. "Mariposas de Koch", por ejemplo, texto en el que un hombre, por querer imitar el vuelo de un murciélago, se convierte en un invertebrado y un animal; o "Amigo enemigo", en el que el narrador se ve imposibilitado de contar el

momento de cuando vio a su padre muerto en la bañadera, colgado del caño de la flor, y entonces surge otra historia: un ratón del que no puede deshacerse hasta que termina matándolo lleno de rabia; o "Reducido", donde un joven narrador sueña con un perro llamado Reducido, al que quiere traer a la vigilia y que termina—el perro—invitándolo al sueño. O "Volantes", un cuento en el que un gato con costumbres de perro, luego, con absoluta naturalidad, se echa a volar como un pájaro.

Otros de sus cuentos más famosos son "Caballo en el salitril" y "Aballay". En el primero, un hombre carga con un pescante por el campo, hasta que de pronto un rayo lo mata. Su caballo huye y muere a las pocas horas quedando, como único testigo de aquel cuadro, el pescante que el tiempo irá derruyendo de a poco; en el segundo, se narra la historia de Aballay, un hombre que asesina a otro y huye mucho tiempo después, hacia la tierra de los indígenas, quienes al no conocer su pasado, terminan por verlo casi como todo lo contrario, como una especie de hombre bendito.

Desde el año 2007, la editorial Adriana Hidalgo compiló todos sus cuentos en una edición que incluso trae los que no se reunieron en otros libros y cuatro cuentos inéditos. "El carño de los tonos", "No" o "Declinación y Ángel" son algunos de los textos obligatorios por los que hay que pasar para conocer al autor de *Zama*.

Suele decirse que la literatura de Antonio Di Benedetto es experimental. En realidad, no importa. Sería difícil, para empezar, definir el término "experimentación"; y, aún más, definir a un autor con esa característica. Tal vez porque en el fondo, por más experiencia que se tenga, hay acciones, como la de escribir o pintar o amar, que siempre suceden como por primera vez, es decir, como un experimento. Lo que sí resulta importante es saber que además de un prolífico cuentista, también fue periodista y periodista de opinión y crítico de arte. Pero sobre todo fue un hombre que deseaba mucho estar solo en silencio—de las reglas de oro del escritor de pura cepa—, y que creía, al igual que Borges, que el sueño también era uno de los géneros literarios por excelencia.



Un objeto bello. Es lo primero que se viene a la mente al hojear el cuento *El pájaro bigote*, de Nicolás Schuff ilustrado por Claudia Degliuomini y editado por el exquisito sello de literatura para niños Pipala, dependiente de Adriana Hidalgo Editora. La curiosidad de los chicos frente al papá o al hombre cercano

que se afeita o se deja crecer pelos entre la nariz y la boca, esa escena cotidiana, se carga aquí de sentidos poéticos y prácticos. El bigote y su forma de golondrina son la excusa aquí para hacer volar de todo: aromas, poemas, y hasta un amor. Las palabras que los hombres no profieren se quedan atoradas en el enraído del pelo

y sólo se sueltan, toman vuelo, cuando se sueña y se ama. Imperdible la "Pequeña gula para el avistaje de pájaros bigote", que juega con las series tipográficas como categorías aplicables al "avis mostachus". Las lecturas pueden continuar con *Los Equilibristas del mismo autor*, ilustrado por Pablo Picky y editado por Edelvives.

COSA DE HOMBRES



CONTRATAPA

➔ JAVIER CHIABRANDO

La rotativa que escupía diarios

El periodismo ocupó un lugar central en la vida de Di Benedetto. Varios libros se ocupan de la relación del autor y la prensa. Recuerdos y anécdotas.

“**E**l escritor tiene fantasía en la cabeza. El periodista tiene conciencia de los hechos, no por el mismo sino porque se la dan”, declaró Antonio Di Benedetto. Esa conciencia está retratada en una anécdota contada por Fernando Rule, de la Asociación de Ex Presos Políticos de Mendoza, en su libro *Un Allogero muy Largo. De la vida social y cultural en los cárceles de la dictadura argentina (1976-1983)*. Todo comienza con un operativo rastriero en un barrio de Mendoza, una llamada alertando al diario *Los Andes*, que envía un periodista y un fotógrafo a cubrir los hechos. Apenas comienzan su trabajo son tendidos en el suelo. Un suboficial le pisa la cabeza al periodista y otro veía el rollo de fotos. Al volver al diario surge la pregunta: ¿se debe contar o no? El que debía tomar la decisión era Di Benedetto. La noticia se publicó al día siguiente a página enteras, sin fotos pero abundante en detalles.

Di Benedetto comenzó cronista y redactor a los 19 años en *La Semana, La Libertad, El Hogar y Mundo Argentino*. A los 23 entró a trabajar en el diario *Los Andes* donde llegaría a ser subdirector. Fue detenido por la junta militar y estuvo preso entre marzo de 1976 y septiembre de 1977. “Siempre me levantaba por guardias detenidas”, se lamentó en cada ocasión que pudo. Mientras estuvo detenido, primero en Mendoza y luego en La Plata, sufrió simulacros de fusilamiento y torturas. De nada valdría que su nombre surgiera en la cèlebre reunión



MENDOZA 1972. EL PERIODISTA RODOLFO BRACELI ENTREVISTA A DI BENEDETTO, SU MAESTRO EN EL DIARIO LOS ANDES

que mantuvieron Borges y Sabato, entre otros, con Videla. Tampoco la solicitud de la Sade pidiendo por su libertad, solicitud publicada también por *Los Andes* sin explicitar que se trataba de su subdirector.

Natalia Gelós se encargó de reconstruir la vida del Di Benedetto periodista en el libro *Antonio Di Benedetto, periodista: una historia que pone en tela de juicio el rol de la profesión* (Capital Intelectual 2011). Por mucho que el periodista haya insistido en no saber el motivo de su detención, lo cierto es que había desafiado la censura, denunciado a la Triple A, y en 1975, en una comanda en la Guarnición Militar de Mendoza, pidió por la libertad de Jorge Bonardel, también periodista de *Los Andes*.

A Di Benedetto lo detuvieron en su despacho del diario el 24 de marzo de 1976. Su detención tenía gran alta carga simbólica y era una fuerte señal para los intelectuales del país: era subdirector de un importante diario del interior, autor de casi una decena de libros, beca-

rio de la Fundación Guggenheim y premiado por los gobiernos de Italia y Francia. Zama, traducida al alemán, había vendido miles de ejemplares y grandes escritores de la época lo reverenciaban.

A pesar de todo, la empresa dueña del diario lo dejó cesante doce días después de la detención. Cuando fue encarcelado, se reunió con el viceministro del Interior José Ruiz Palacios buscando conocer los motivos de su detención. Nada sabría al salir más de lo que sabía al entrar. El resto es conocido. El exilio, el regreso, la tristeza, la pobreza, la muerte.

Su fascinación por el periodismo nace muy temprano. Así se lo cuenta el a Joaquín Soler Serrano para el programa “A fondo”. Un tío que lo lleva a Buenos Aires en un viaje de trabajo y al llegar lo deja casi olvidado en un hotel de Avenida de Mayo. Aburrido, el chico sale a la calle y compra una revista de *El Quipote* donde lee el cuento de Poe. Dice: “Fue mi descubrimiento de una revista y de la literatura narrativa que ya no era la ni la infantil, ni la sombera, ni *El Quipote* que también había tenido que estar leyendo desde los ocho años”. Sigue caminando

y le llama la atención un ruido. Se acerca a una ventana y ve una rotativa que estaba escupiendo diarios. Y era el diario *Crítica*. Y parece que esas dos cosas me iban a acompañar en la vida (...) desde entonces mis carrielas han sido rumbos de la rotativa y lo que contenía la revista *Leoplán*”.

Como jefe no era un hombre fácil. De personalidad compleja, incluso paranoide, propenso a controlar cada nota de opinión y a buscar un periodismo lejano a la polémica. El periodista y escritor mendocino Adrián Cáceres, que trabajó cerca de él, refuerza esta idea contando a *Telam* que “era un gran escritor y periodista inteligente, agudo, inquisitivo. Fallaba en el trato con los subalternos. Un día te amaba y al otro te perseguía. Sin motivo”. Dos anécdotas bastan para hacerse una idea aproximada de su personalidad.

Dice Cáceres: “En ocasión de un debate en *Los Andes*, me dijo (yo era jefe de la sección Artes y Espectáculos) que le avisara cuando llegaran para saludarlos.

En ese entonces (década del 70) todo el que venía a Mendoza visitaba el diario *Los Andes*. Cuando en la portería me dijeron que habían llegado, los hice pasar a la sala de espera. Llegó muy alto, con pantalones oxford y zapatos con plataforma, como se usaba, parecían una raza de gigantes y uno, a su lado, se veía enano. Llamé a Di Benedetto. Cuando les dije: le presento al director del diario, se pusieron de pie, en forma un tanto estruendosa y tendieron la mano, pero Di Benedetto dijo: “Buenas noches”, dio media vuelta y se fue. Me puse colorado y zafé preguntando al organizador días y horas de actuación. Cuando regresé a la redacción, me di cuenta que Di Benedetto padecía complejo de petiso”.

Otra anécdota de Cáceres nos acerca más claramente a su dimensión de periodista: “El sábado 8 de marzo de 1975, a pocas horas de iniciarse el espectáculo central de la Fiesta de la Vendimia, como Di Benedetto no llegaba, los jefes de redacción organizaron la cobertura. A punto de partir en los vehículos del diario rumbo al teatro greco ‘Frank Romero Day’, apareció. “A ver, qué hay hecho”, dijo. Y comencé a protestar: “No. No... No. Mercedes es buena redactora. Que se quede para escribir lo que traigan los noteros. Fulano y Mengano van a los camarines. Estos otros al palco oficial. Cáceres se ocupa de la crítica. Mónica, de sociales. Que estos tres noteros hagan las pastillas”. Les dio vuelta todo. Nadie habló en el trayecto. Las caras largas de los jefes daban pena y risa. Esperábamos un fracaso rotundo. Fue todo lo contrario. Sabía, evidentemente, lo que hacía y conocía lo que cada periodista podía dar. Temíamos que no se autorizara a criticar algo en lo que los *Andes* habían investido; que el espectáculo era un desastre. Pero se sentó a mi lado y en parte me dictó la nota más denigrante que se haya hecho, en años, a ese espectáculo. Con la altura digna de un crítico de su talla. Al terminar, lo aplaudimos”.